

## La otra escena: nuestra filomímesis<sup>1</sup>

Pilar Errázuriz Vidal

Quienes amamos el Teatro sentimos que es una propiedad subjetiva, aquella de la actuación, heredera de nuestras mejores fantasías de infancia. Lo complejo de hablar de este quehacer, no solo heredero de la infancia, sino también de la infancia de nuestra cultura occidental, es que, como define García Canclini (1990), nuestra cultura “al sur del sur” es híbrida. Ni propia, ni occidental. Por una parte buscamos raíces autóctonas, pero, inevitablemente aparece la colonización que se infiltra tiñendo nuestras apreciaciones. De tal manera que nuestras escuelas de teatro no pueden más que recurrir a los orígenes de tal arte y de tal oficio.

Con respecto al sistema civilizatorio patriarcal que se instaló en la Europa Mediterránea definitivamente después del año 1000 antes de Cristo, podemos pensar que cuando nace nuestro oficio del teatro, dicho sistema estaba aún en transición. En efecto, en Creta, a poca distancia de la sofisticada y culta Atenas, hasta ese entonces, era La Diosa de la cultura minoica quien era venerada. En Creta se adoraba a la sazón como en todo el restante mundo egeo, a la Gran Madre de los Dioses. La comprobación de que ella no era capaz de proteger su casa contra el ataque de una potencia superior, bien puede haber contribuido a que fuera desplazada por una deidad masculina, siendo el dios volcánico, evidentemente, el más directo para reemplazarla. En efecto Zeus aún lleva el apelativo de “el que sacude la tierra”. Esta afirmación la hace Freud, luego de la destrucción del palacio de Minos las invasiones patriarcales que terminaron, así, con este último bastión en Europa Central y Mediterránea de la civilización de la Diosa, símbolo de la fertilidad.

La Grecia peninsular, bajo la civilización patriarcal y guerrera, una vez enterrada la civilización de la Diosa Madre, necesitó mitos para asegurar su flamante andamiaje, aquel de la dominación masculina resplandeciente: el mito del héroe, el mito de la mujer amante y paciente. Surge, en el siglo VIII AC, Hesíodo con sus teorías sobre la creación de la humanidad más tarde avaladas por Platón: en un principio todos los humanos eran varones, nacidos de la tierra, no había ni niños ni mujeres. Si su comportamiento era el correcto, volverían a nacer como varones. Si no lo era, se reencarnarían en mujeres. Otra versión más tardía: luego de toda la creación cósmica, Prometeo el Titán se apiada de los hombres que no tenían el fuego y robándoselo a Zeus es víctima de castigo. Zeus crea, para ello, la primera mujer, Pandora, y para vengarse de la humanidad. La dota de un ánfora llena de males, que ella abre por curiosidad y los males atacan y afectan para siempre la felicidad humana.

Sin embargo, aunque la mitología masculinista es un discurso potente para borrar un pasado de veneración de lo femenino, no logra llegar a conquistar todas las mentalidades. Así tenemos a Sófocles, cuatro siglos más tarde, que de la mano de Antígona nos relata dicha transición. La justicia que reclama Antígona para dar sepultura a Polínicos proviene del *Mutterrecht* o *derecho materno* que describe Bachofen (1861), anterior a la hegemonía patriarcal y a la ley del Padre que se instala en esos siglos, representada por el tirano Creontes.

Escuchemos el razonamiento de Antígona ante la acusación de su desobediencia a los mandatos de Creonte de prohibir sepultura de su hermano:

No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a obtener castigo por ellas de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno. Sabía que iba a morir, ¿cómo no?" (Sófoclés, 449-461)

De manera que Sófocles con esta obra rinde tributo a una ley o derecho natural anterior a la legislación patriarcal de Zeus y la reivindica a través de la voz de Antígona. Con sus argumentos nos

habla de las relaciones de poder, de la dominación masculina, y de la posición de las mujeres en este escenario.

Sabemos que la dominación masculina parte con la filosofía griega: el varón es el uno universal y perfecto, mientras que la mujer es la 'otra', imperfecta en su alma y en su anatomía. La dominación masculina es cuestionada por muchas mujeres y algunos pensadores a lo largo de los siglos. Pero este cuestionamiento solo adquiere solidez cuando el nuevo grupo de jóvenes demócratas, luego de la Revolución Francesa y, como consecuencia, la independencia de las colonias americanas, declaran los derechos "del hombre", igualdad, libertad y fraternidad.

Al verse las mujeres arrinconadas nuevamente en los espacios privados, y siendo solo ellos quienes se dedicarían a la legislación, producción intelectual y artística, se rebelan, protestan, y se empoderan. Frente a tal reacción política femenina, el siglo XIX y parte del XX sufrirá del síndrome de "Misoginia Romántica". Las elites de los jóvenes patriarcas : artistas, filósofos, médicos, construirán para la "mujer moderna" un modelo de feminidad recogida de la Antigüedad y de sus mitos: por una parte atribuir a "la Mujer" todo lo etéreo, lánguido y débil, digno de la protección y amor de los varones, y por otra, suponerles las maldades de las antiguas Moiras, Furias, y Harpías, en clave erótica, "*la femme fatale*", causa de perdición para los hombres, quienes se verán obligados a controlarlas material, psicológica y jurídicamente.

Aparece, entonces, el pensamiento feminista en tanto un reclamo de equivalencia con los varones, es decir igual valoración y una demanda de igualdad de derechos ciudadanos. Esto sucede en concordancia en los dos hemisferios hasta conseguir, al menos, el sufragio universal. Una sinergia: en 1949 el Estado de Chile y de Francia conceden el sufragio a las mujeres cuando, precisamente, Simone de Beauvoir denuncia la cultura sexista en su libro *El Segundo Sexo* (1949) y la misoginia que se filtra en los mitos, en la literatura, el arte, el discurso médico y la discriminación académica.

No tenemos, quizás, nosotros chilenos y chilenas, el peso de la misoginia que tiene el teatro francés luego de su consagración gracias a Molière, con sus *Preciosas Ridículas* (1659) y *Las Mujeres Sabias* (1672). Pero ya en la antigüedad, Aristófanes acusaba a Eurípides de mostrar

mujeres malvadas y perversas en sus obras. También sabemos que durante muchos siglos los dramaturgos eran hombres en su gran mayoría, y, por lo general, proponían personajes masculinos más destacados que los femeninos y estos últimos, en subordinación de aquellos.

En otras palabras y ustedes saben mejor que yo la tradición dramática española, francesa, inglesa, que ha tenido ribetes sexistas ya sea para la escena, ya sea para la otra escena. Es decir, al interior de las compañías de teatro, ya que, forzosamente nuestras subjetividades femeninas y masculinas vienen ya troqueladas en la filoménesis desde esos entonces, con la posición jerarquizada que se filtra sutilmente en las relaciones de micropoder al interior de los grupos artísticos.

Por cierto, cómo nuestro quehacer teatral de algún modo tiene que ver con una cultura griega temprana, con resabios conscientes o inconscientes de la veneración a la Diosa o del respeto a la cultura femenina, se muestra flexible para preguntarse por la Otra Escena (1979).

Y con esta Otra Escena me refiero a la herencia filomemética que marca lo cotidiano. Es decir, cómo de generación en generación de mujeres y hombres, todo este enjambre ideológico: dominación masculina, subordinación femenina, puntos de fuga, insumisión de las mujeres, persiste detrás del telón de nuestro inconsciente. Más aún cuando nuestro quehacer consiste precisamente en revisar en los miles de libretos las complejas tramas humanas de dominación, poder, hegemonía, versus subordinación y subalternidad, de género, clase, etnia, raza, resulta difícil deshacerse de esta herencia.

Sin duda nuestra cultura chilena tiene flujos hereditarios de muchas culturas. Pero, lamentablemente, ninguna de ellas escapa a la dominación masculina. Si en el medio de la creación y oficio teatral destacan hoy más dramaturgas y directoras de obras mujeres que en el pasado, son, aún, invisibilizadas o consideradas periféricas frente a dramaturgos y directores hombres. No solo en el ambiente artístico, sino también en la corriente cultural cotidiana: prejuicios y estereotipos ponen muchas veces en duda la capacidad femenina de solidez intelectual y artística.

No me cabe duda que nuestro ámbito teatral chileno, en oposición con otros espacios laborales, es cuidadoso en cuanto a la equidad

entre los géneros. Sin embargo, la *Otra Escena*, la filomeméticamente heredada de la jerarquización de los géneros, se escapa contra la voluntad de los sujetos detrás de bambalinas. De allí, sutilmente, se escapa del inconsciente, en el chiste, en la broma, en la delicada descalificación de las mujeres.

Sin duda resulta difícil no confundir un discurso patriarcal que suelen tener una gran mayoría de obras que han sido nuestra inspiración, con el discurso cotidiano. Discurso que está tan internalizado y naturalizado que apenas nos sorprende. El problema de la inequidad no radica en la *división sexual del trabajo* sino en la no equivalencia (Lagarde, 2000) de esta división. Las tareas tradicionalmente realizadas por varones son más valoradas que aquellas realizadas por mujeres, que, en muchos casos se consideran “naturales” por su rol de “cuidadora” de otros o de subordinada. Esto lo refleja la brecha salarial entre hombres y mujeres para un mismo desempeño, que es reflejo de la situación laboral de nuestro país, que aún está lejos de conseguir la equidad entre los géneros.

Las cifras “duras” de esta investigación que presentamos no muestran de manera pirotécnica la inequidad de género (con excepción de la brecha salarial, lo que no es menor) ésta surge entre líneas, y por qué no, es escamoteada, precisamente por el canon de la subordinación. Si no, no se comprende la conclusión altamente interesante de este estudio:

A la luz de los resultados, surge la pregunta por la contradicción entre la percepción y la realidad laboral de las y los participantes de este estudio. ¿Por qué se identifican roles como la dramaturgia y la dirección como trabajos fundamentalmente ocupados por hombres, si bien en la práctica tal diferencia no existe?”. Una respuesta obvia y rápida sería la invisibilización y la indiferente recepción por un público que –imbuido en la jerarquía de valoración masculina– refiere tomar más en cuenta las producciones de varones. (170, 2017)

Hoy quisiera dejar aquí una reflexión sobre *la Otra Escena*. Es decir, de la persistencia en el inconsciente de actores, dramaturgos, directores, productores y público, de los discursos arbitrarios acerca de la diferencia de valor intelectual, espiritual u otro entre mujeres y hombres. Resulta muy difícil escaparse de esta valoración jerárquica

secular, impresa en las obras y en el discurso cultural. Está tan generalizada esta jerarquía entre los sexos que solo queda estar alerta cuando su emergencia sabotee nuestras intenciones de equidad de género.

Nuestra híbrida cultura chilena es joven. Podemos aún deconstruir esta Otra Escena, aun cuando la escena que libremos al público venga de un pasado hegemónico. Si la interacción grupal detrás del telón trabaja por la deconstrucción de los micropoderes y de jerarquías en cuanto al principio de equivalencia humana, el engranaje productivo puede ser más fluido. Todo rol en el engranaje de la producción teatral es tan valioso y necesario como cualquier otro más allá del sexo y/o del género.

## NOTAS

- 1 Este artículo corresponde a la presentación del libro “Relaciones de género en la práctica laboral de teatro en Chile” realizada por, Constanza Muñoz Briones, Pablo Cisternas Alarcón, Camilo Araneda Carrasco, Pascuala Migone Widoycovich y Catalina Yazigi Vásquez, Abril, 2017.

## BIBLIOGRAFÍA

- BEAUVOIR, S. de. *El segundo sexo*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1969.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas*. Editorial Grijalbo y Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. México, 1989.
- LAGARDE, Marcela. *Aculturación feminista*. Buenos Aires: Centro de Documentación sobre la Mujer, 2006.
- MANNONI, O. *La otra escena. Claves de lo imaginario*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- SÓFOCLES. *Tragedias. Áyax. Antígona. Edipo rey. Electra. Edipo en Colono*, Barcelona, Gredos, 2000.